

Entonces se cumplió la palabra del Profeta Isaías: "reconoció el Buey á su amo, y el Asno reconoció el establo en que su dueño le alimenta."¹ La parte que permaneció fiel del pueblo judío, vió en Jesucristo al divino Legislador de quien Moisés no fué mas que figura. "Y la gentilidad, como asegura San Ambrosio² que hasta entonces no se habia nutrido mas que con el heno vil del error, comprendió que su verdadero alimento estaba en aquel pan divino bajado del cielo."

En igual sentido es menester interpretar la reprension que dirige Jesucristo al presidente de la Sinagoga, cuando éste le murmuraba por haber curado en día Sábado á una mujer que llevaba diez y ocho años de estar enferma. "¡Hipócrita!—le dijo—¿no hay uno solo de vosotros que no desate en día Sábado su Buey ó su Asno para llevarlo al abrevadero?"³

Finalmente, cuando Jesucristo vino al mundo rompió las ligaduras; aquellas que tenían al pueblo judío cautivo á la obediencia de la letra, y aquellas que encadenaban las naciones con las fábulas impuras de la mitología. Entonces habló á los hombres de esta manera: "Si alguno de vosotros tiene sed, que venga hácia Mí y beba. Si quis sivit, veniat ad me et bibat."⁴ y les dió de beber de aquella fuente cuyas aguas saltan hasta la vida eterna.⁵

Nosotros mismos, hijos de la gentilidad, hemos llegado á ser libres con la libertad de hijos de Dios, y no debemos supurgar al servicio de otros dueños, llevamos alegría en el mundo, la valedora carga de Jesucristo.

¡Señor Jesus! dadme de beber, "da mihi bibere."⁶ En vuestra presencia yo no soy sino el más vil de los animales sin razon; mas así como el dueño no se desdeña de llevar por sí mismo al abrevadero el animal que le sirve de cabalgadura, así tambien os ruego vengais á apagar mi sed y purifiquéis mi vida.

En cambio de tantas bondades, ¡oh mi Jesus! quiero y prometo obligarme para siempre á vuestro santo servicio. Si; lleno de gozo me someto al amable yugo de vuestros preceptos divinos, pues estoy cierto de que mis pequeños trabajos no quedarán sin recompensa. Esclavo humilde de tan buen Amo, ¿cómo podré avergonzarme ni tener á ménos el compararme con la pollina, puesto que Vos mismo la escogisteis el día de vuestro triunfo? Entremos juntos á Jerusalem, ¡oh Dios mio! entremos á la celestial ciudad donde se canta sin cesar el divino "Hosanna." Solo, y sin Vos, jamás podré conseguir esta inefable dicha; pero recuerdo que cuando ascendisteis al cielo llevábais tras de Vos multitud de cautivos. Cautivo yo mismo bajo la mano que me dirige y bajo el freno que arregla mis pasos, me adelantaré con confianza, y entonces penetraré con Vos el recinto de la celestial Jerusalem, donde recompensais las almas sencillas y exaltais á las humildes.

¹ Isai. I, 3.

² Ambr. in Evang. Luc. VII, 13.

³ S. Luc. XIII, 15.

⁴ S. Joan. VII, 37.

⁵ S. Joan. IV, 14.

⁶ S. Joan. IV, 7.

⁷ Eph. IV, 8.

VIII

Compañero fiel del hombre.—Los perros vigilantes del rebaño de la Iglesia.—Guardan la casa del Dueño, que es Jesucristo.—El Perro comensal de su amo.—El Perro de Tobías.—El Perro de caza.—Las llagas de Lázaro.—Perros mudos.—La herejía y el cisma.—Los hombres carnales.—El Perro que ladra á su amo.—Júdas.—Historia de la Cananea.—El Perro se alimentó del pan de los hijos.

EL PERRO.

Compañero fiel del hombre.—Los perros vigilantes del rebaño de la Iglesia.—Guardan la casa del Dueño, que es Jesucristo.—El Perro comensal de su amo.—El Perro de Tobías.—El Perro de caza.—Las llagas de Lázaro.—Perros mudos.—La herejía y el cisma.—Los hombres carnales.—El Perro que ladra á su amo.—Júdas.—Historia de la Cananea.—El Perro se alimentó del pan de los hijos.

LA Providencia, al confiar al hombre el imperio absoluto sobre todos los animales, quiso que muchos de ellos viviesen en compañía suya, que domesticados, vinieran á ser sus más fieles compañeros, sus intrépidos defensores y sus más activos auxiliares para ayudarle á conservar su poder y á ejercitar su autoridad.

Mas ¿qué animal doméstico podrá compararse con el Perro, atendiendo á los servicios que éste presta á su Señor?

El pastor le confía la guarda del rebaño, y esta confianza jamás queda engañada; la vigilancia del Perro sobrepuja aun á la del mismo pastor. Tiene el ojo fijo en todas las ovejas, y con su veloz carrera forma al rededor de ellas un círculo que ninguno se atrevería á traspasar.

Si el Perro está destinado á guardar en el silencio de la noche la casa de su amo, se pone en acecho como el más animoso centinela, y con tanto calor como el soldado más aguerrido. Olfatea al robador ó al animal dañino, y al instante se encienden sus ojos, se le erizan los pelos, señala anticipadamente el peligro ladrando mucho, y su instinto es tan prodigioso, que jamás se engaña confundiendo al amigo con el enemigo.

Cuando el hombre se dispone á perseguir en la espesura de los bosques al Ciervo ó al Gamo que es tan ágil, si va solo, apenas divisa á estos animales, cuando se le esconden y desaparecen de su vista como por encanto, perdiendo entonces la esperanza de cazarlos. Mas si lleva consigo al lebrél para que le ayude en su intento, éste se le ofrece y se dispone á servirlo como su más fiel aliado. La finura de su olfato es tal, que á muy considerable distancia distingue y descubre la caza de que quiere apoderarse, y vedle afanoso siguiendo la huella, y una vez encontrada no la dejará. En

sus constantes pesquisas llega á cansar los piés del Ciervo, le desconcierta sus planes, y al fin, en medio del estrepitoso ruido de las cornetas de caza, se arroja victorioso sobre el jadeante animal y le asegura al cazador un triunfo cuya gloria y mérito en gran parte le pertenece.

Pero lo que distingue al Perro entre todos los animales domésticos, no es únicamente los buenos servicios que presta á su amo, sino que es uno de sus más fieles y cariñosos amigos. Se puede decir que el Perro vive con la vida de su amo. Se acuesta bajo su techo y se alimenta con las migajas que caen de su mesa; que además toma parte en sus gozos y se muestra sensible en sus pesares y tristezas. Bajo este concepto, el Perro tiene un sentido muy delicado y esquisito. Él es el único que se halla presente cuando los amigos han desaparecido. Si pesa sobre su amo el infortunio, le consuela con sus caricias; si está solo, le distrae y le acompaña; si por desgracia llega á perder la vista, se constituye su guía; si recibe alguna herida, le lame las llagas para curarle. El Perro es el amigo fiel que hallamos siempre junto á su amo y le sigue donde quiera. . . . hasta el sepulcro.

II

“¿Cuál es—dice San Gregorio—el rebaño de la Iglesia sino la multitud de cristianos? ¿Y cuáles los perros del rebaño, sino los Santos Doctores, los obispos, los sacerdotes que de día y de noche velan sin cesar para guardarlo?”

¡Oh! ¡qué vigilantes son sus ojos para nunca perder de vista ni á una sola de las ovejas que forman el redil!

¡Oh! ¡qué poderoso es su olfato para descubrir las falsas doctrinas y señalarlas á los fieles!

¡Oh! ¡qué elocuencia tan maravillosa han tenido los ladridos de estos perros cuando han salido de la boca de oro del Crisóstomo ó de Agustín, proclamando la verdad y confundiendo el error!

En vano se esforzarán los lobos en invadir el rebaño que se ha confiado á aquellos. Aun cuando se disfracen con la piel de oveja, estos perros sagaces descubrirán sus artificios; y si los lobos emplean la violencia, los perros no temerán á su vez medirse con ellos y los perseguirán con denuedo sin perderles la pista hasta rendirlos.

III

¡Notemos cuán fervoroso es el celo de estos perros cuando defienden la casa de su Amo, que es la Iglesia!

“Figura de estos intrépidos guardianes del hogar—dice San Agustín—son los trescientos soldados de Gedeon¹ encargados por Dios de la salvación de Israel, que no quisieron doblar la rodilla para apagar la sed,

¹ S. Aug. Quæst. in Judic. lib. VII.

“sino que tomaban agua con la mano y la lamian como los perros tienen costumbre de hacerlo.”¹ Estos trescientos perros defensores de la casa de Israel, bastan para protegerla contra la impiedad de los madianitas.

La Iglesia tiene aún, y no dejará de tener estos perros que son tan vigilantes y que saben dar el grito de alerta: “Centinela, ¿qué hay, qué ha pasado en la noche? Custos quid de nocte,”² que rodean llenos de valor y ladran sin temor contra los que caminan amparándose con las tinieblas para venir á sorprender y á devastar la casa del Señor.

IV

En cambio de los servicios que el Perro presta á su amo, divide su techo, su mesa, sus alegrías, y sobre todo, sus penas. ¿Semejante suerte no es la de los ministros del Señor? A ellos se dignó decirles: “Ya no os llamaré ‘siervos sino amigos.’”³ Ellos son los asistentes de su casa, y de ellos está escrito que tienen parte en los dulces manjares de su mesa. Cuando Jesucristo triunfa, se regocijan y cantan el “Hosanna,” y cuando las iniquidades de los pueblos crucifican de nuevo al Salvador, el alma de sus amigos se entristece, y exclama voluntariamente Tomás el Apóstol: “Vamos también nosotros para morir con Él. *Eamus et nos, et moriamur cum eo.*”

V

El Perro guarda á su amo mientras está en la casa, y si viaja le acompaña. Corre por delante de él como para alumbrarle, y nunca le pierde de vista. Va, viene, le precede, le sigue, divide las penalidades del camino y se las endulza. Si alguna vez el amo se ausenta por largo tiempo, cuando vuelve gozoso al hogar doméstico anuncia su regreso y trae la buena nueva. Así, pues, cuando Tobías el jóven vuelve al techo paterno, el mastinillo su compañero se adelantó corriendo hácia el anciano Tobías, palpándole con sus gracias el gozo que le inundaba. . . .

Hé aquí la imagen de los misioneros y de los Apóstoles que el Señor manda por delante como en los días de su vida mortal; éstos van hasta las extremidades del mundo, pero sin alejarse jamás de la presencia de su divino Maestro; le preceden predicando su palabra, le siguen con fidelidad, y cuando tienen la dicha de traer de nuevo á la casa paterna á los hijos pródigos, corren delante de ellos entonando cánticos de alegría, dando aviso al Padre Celestial para que los reciba en sus brazos, diciendo: “Mi hijo se había perdido, y le he hallado; estaba muerto, y ha resucitado.”⁴

¹ Judit. VII, 6-7.

² Isai. XXI, 11.

³ Joan. XV, 15.

⁴ Joan. XI, 16.

⁵ Job. XI, 9.

⁶ Luc. XV, 24.

Acabamos de notar que el Perro siempre toma parte en las fatigas y en los goces del cazador.

¡Qué admirable y generoso es el instinto del Perro de presa, que más bien que para él se complace en cazar para su amo! Desde lejos olfatea si hay caza, y estando cerca de ella, temiendo que no haga uso de las alas ó de sus piés ligeros para evadirse de los tiros del cazador, se para con prudencia, acecha y fascina con los ojos al trémulo animal; le detiene con el aliento, y cuando el cazador se adelanta, guiado por su Perro, se aproxima á la presa que fácilmente alcanza. En el acto el Perro se precipita, y trae fielmente á su amo la presa de la cual no participa nunca.

Todo, en las cosas de la naturaleza, aun en nuestras distracciones y entretenimientos, puede elevarnos hácia Dios.

El símbolo que acabamos de trazar; no nos recordará el afán de esos hombres apostólicos, de esos sacerdotes verdaderamente celosos por la salud de las almas, que siempre andan fatigados buscándolas, espíandolas y aspirando á conquistarlas, no para sí ni para su propia gloria, sino con el fin, como dice el Apóstol, de ganarlas para Jesucristo?¹

Se cuenta de San Felipe Neri, ese admirable cazador de almas, que con el olfato, lo mismo que los perros de caza, sabia distinguir la virtud del vicio, y que desde lejos percibía, ó el perfume de la alma casta, ó la fetidez de la impureza.

Estos varones de Dios juntan el celo con la prudencia; si es necesario corren; si es conveniente, se detienen; y bien sea con sus oraciones, con sus pláticas ó con sus buenos ejemplos, saben circunvalar á las almas y cogerlas de modo que no puedan escaparse de los tiros de la gracia de Dios; y cuando ésta los ha vencido, los vuelven á poner como trofeos en las manos de su divino Maestro.

Si el Perro toma parte en los placeres de su amo, también, como hemos visto, sabe sentir con él, y además, busca el modo de mitigarle sus penas. Por eso se le ve frecuentemente, cuando su amo está enfermo, lamerle las llagas para curarle.

Así también, ¿cuál es el alma cristiana que meditando en las llagas del Salvador no anhele depositar en ellas el bálsamo de sus lágrimas y de sus oraciones? ¿Cuál es aquella que en testimonio de su fé y de su amor no se esfuerza en consolar á Jesucristo y curar las heridas de su corazón?

¹ Philip. III, 8.

¡Ay de mí, Señor! ¡no solo en vuestras dolorosas llagas anhelaré derramar el bálsamo! Vos habeis alabado á aquellos perros compasivos que lamian las llagas del pobre Lázaro; “la caridad es humilde—dice San Pablo—y se extiende á todas las miserias.” Yo quiero que la mía se humille para con los pobres, hasta el grado de prestarles los oficios más despreciables: más bien quiero asemejarme á los perros que lamen las llagas de Lázaro, que imitar al rico avariento que le niega las migajas que caen de su mesa.

San Gregorio nos da todavía otra explicacion de aquel texto del Evangelio, donde se refiere que los perros lamian las llagas de Lázaro.

“¿Qué significa—nos dice el Santo Doctor—aquel rico que se viste de púrpura, sino el pueblo judío que se engalana y enorgullece del culto exterior de la Ley? ¿Y qué nos figura el desgraciado Lázaro, sino la gentilidad convertida al Señor? Cuando ésta, humilde y penitente no se avergonzó de confesar sus antiguas iniquidades, abrió la fuente al veneno mortal que la carcomía. Y en verdad, ¿de qué sirve la confesion de nuestras culpas, si no damos salida al veneno oculto en lo íntimo de nuestras almas? Así, pues, cuando por la palabra de los Padres de la Iglesia se nos hace visible la gravedad de nuestras prevaricaciones; cuando nos detienen á acusarlas sinceramente; cuando de tal manera curan nuestras conciencias, ¿su lengua no es semejante á la de aquellos perros misericordiosos que lamian las llagas de Lázaro para volverle la salud?”

VIII

Puesto que el deber del Perro es defender á su amo y ladrar cuando se le ataca, su silencio en este caso es reprehensible.

Por lo mismo, los pastores infieles se llaman en las Santas Escrituras: Centinelas ciegos que permanecen en la ignorancia, perros mudos que no ladran y que se duermen.”

Tales eran, segun San Jerónimo, los escribas y los fariseos, que ciegos como eran, conducian á otros ciegos al abismo; perros mudos que en lugar de cuidar el rebaño del Señor y de ladrar para defenderle, no profirian mas que palabras mentirosas. “¡Ay de mí! cada vez que la herejía y el cisma han separado de la Iglesia comarcas enteras, ¿no es muy de temerse que esto haya sido porque entre los pastores de los pueblos haya habido muchos imitadores de los fariseos y de los escribas? Los rebaños se dispersaron. ¿Por qué? Porque los perros eran mudos.”

De todos los males que pueden arruinar la Iglesia de Jesucristo, ninguno hay más temible como la mudez de los pastores. Su palabra es la que únicamente mantiene la sana doctrina, la guarda de la Ley y la práctica

¹ Corint. 13.

² S. Greg. in Evang. lib. II, hom. LX.

³ Isai. LVI, 10.

de las virtudes cristianas; pero sobre todo, ella es la fuerza que exclusivamente resiste á las potestades del siglo, cuando se levantan rugiendo contra el Señor y su Cristo.

Quando los pastores alzan la voz, cuando repiten con los Apóstoles: "no podemos callar," el rebaño está seguro para que la Iglesia nada tenga que temer; no pido que los lobos dejen de aullar, pero sí pido que los perros ladren.

IX

El Profeta Isaías no se limita á llamar "perros mudos" á los culpables pastores de Israel, sino que tambien los denomina: "perros desvergonzados que no se hartan jamás, y que no comprenden la verdad."

"Amantes de las mentiras—continúa San Gerónimo—las mentiras no los hartan."

Y no es este en verdad uno de los caracteres de la herejía y del cisma? El error no los satisface; buscan por todas partes el alimento de la verdad y nunca le encuentran. No podemos aplicar igualmente á los que se separan de la Iglesia estas palabras de David: "Padecen hambre como los perros, y andan al rededor de la ciudad?"

Esta ciudad es la Iglesia, en la que el divino Maestro distribuye á todos los fieles el pan de su palabra y de su gracia. Los que vagan en torno de la Iglesia, ya no tienen ni asilo, ni dueño; dan vueltas á la ciudad y nunca entran en ella, acosados del hambre como los perros: *famem patientur, ut canes.*

Mudos para la verdad, nunca se cansan de arrojar contra ella interminables ladridos; iguales á los perros vagabundos, sin amo y sin hogar, ladran cuando se les encuentra, se irritan cuando se les aparta, y muerden cuando uno se les acerca.

X

Además, estos perros impudentes de quienes habla el Profeta Isaías, son figura de los pecadores que se entregan sin pudor á las pasiones más abominables. "Fuera de la Iglesia—clama el Apóstol San Juan—fuera de la Iglesia los perros... y los lascivos." Estos jamás se hartan, y si la saciedad y el fastidio los apartan por un momento de sus criminales placeres, presto vuelven á comenzar y á entregarse de nuevo á ellos, mereciendo que justamente se les aplique aquella frase de los Proverbios: "Como el Perro que vuelve á su vómito: *sicut canis qui revertitur ad vomitum.*"

1 Ps. II, 2.
2 Isai. LVI, 10.
3 Isai. LVI, 11.
4 Hier. in Isai. XV, 57.
5 Ps. LVIII, 7.
6 Apocal. XXII, 15.
7 Prov. XXVI, 11.

XI

Mientras el instinto natural del Perro hace que sea el amigo y el servidor más fiel del hombre, más culpable será, cuando olvidándose de la bondad de su amo, se abalanza sobre él y le destroza.

Esta ingratitud del Perro, ¿no será menos odiosa ni menos detestable que la del hombre, que creado para ser amigo y servidor de Dios, tiene la audacia cuantas veces peca de volverse como un Perro rabioso contra su divino Bienhechor?

El Apóstol Júdas era como uno de esos perros amigos del Amo, compañero de su vida y alimentado á su mesa. Mas el demonio se apodera de él: Oigámosle en el festin del Cenáculo ladrar contra el Señor: "¿Para qué este desperdicio? ¿No podría venderse este perfume y su importe distribuirlo á los pobres?" Ladra arrojándose sobre su Maestro en el Huerto de las Olivas, le muerde acariciándolo.

Quando el Rey Profeta en el Salmo XXI nos muestra á Jesucristo amedrentado con la vista de todos los suplicios de su pasión, dirigiéndose á Dios su Padre para que viniese en su auxilio, ponía en los labios del afligido Salvador, esta fervorosa oración: "Librad mi alma, Dios mio, librad mi alma de la mordedura del perro." ¿Y cuál fué esta mordedura sino el beso de Júdas?

XII

Así como en el lenguaje de la Santa Escritura el Perro es el símbolo del pecador, así tambien su nombre se emplea frecuentemente como un término despreciativo é injurioso.

Quando David, armado del báculo y de la honda se presenta para pelear con Goliat, éste le dice: "¿Soy acaso algun Perro, puesto que vienes á mí con un palo?"

Del mismo modo cuando Semei perseguía á David y le llenaba de ultrajes, el fiel Abisai, hijo de Sarvia, dijo al monarca: "¿por qué este Perro mudo se atreve á maldecir al Rey mi Señor?"

Así, pues, el Perro es imágen del pecador, y su nombre un término de desprecio. En este doble sentido pudo decir el autor del Eclesiástico: "¿Qué semejanza hay entre un Perro y una alma santa?"

De aquí viene igualmente que el Salvador encargase á sus discípulos

1 S. Marc. XIV, 4.
2 Ps. XXI, 21.
3 1 Reg. XVII, 43.
4 2 Reg. XVI, 9.
5 Eccli. XIII, 22.

"arrojasen las cosas santas á los perros,"¹ y respondiendo á la Cananea, que postrada á sus piés le pedía la curacion de su hija, le dijese estas palabras: "No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros."² Apresurémonos á admirar cómo la humildad de esta mujer llega á conseguir del divino Maestro lo que le rehusaba al principio por razon de su indignidad.

XIII

¡Oh fuerza prodigiosa de la humildad cristiana! El Perro, decíamos hace un momento, es un vocablo de desprecio, y hé aquí que una alma humilde aceptándole con sencillez de la boca del Salvador, se vuelve digna de sus más preciosos dones, y merece como la Magdalena que su nombre sea proclamado con gloria en donde quiera que el Evangelio se predique.

Jesus había dicho á la Cananea: "No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros." Interpretando los Santos Padres estas palabras del Salvador, observan: "que los hijos simbolizan aquí al pueblo judío adoptado por el Padre Celestial, mientras que los gentiles eran como parados á los perros. Porque así como éstos tienen costumbre de lamer la sangre, así tambien las naciones paganas se hartaban con la sangre de las víctimas sacrificadas á los ídolos."—"Si despues de esta palabra del Maestro, la Cananea se hubiera retirado de su presencia—nos dice San Agustin en su enérgico lenguaje³—Perra hubiera venido esta mujer y Perra se hubiera ausentado. *Si recederet post hæc verba, canis accesserat, et canis abscesserat.* Mas tocando como tocó por medio de su humilde ruego el Corazon de Jesucristo, del infimo grado del bruto, se levantó á la dignidad del hombre: *pulsando homo facta est ex cane.* Esta mujer pidió, insistió, probó que era humilde, y aceptando el desprecio, alcanzó misericordia."

La Cananea respondió: "Si, Señor, es verdad: yo soy una Perra; pero por lo mismo que lo soy—dice Orígenes—no me alejaré de vuestra presencia, sino que por el contrario, os seguiré á cualquiera parte que fuéreis."

"Yo no soy más que una Perra—añade San Juan Crisóstomo—pertenezco á la familia como el Perro doméstico, y tengo derecho á no ser echada."

No soy más que una Perra; pero por este titulo no podeis negarme la gracia que imploro. Pues qué; los cachorrillos no comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores?

A súplicas tan confiadas como humildes no pudo resistir el Salvador. "¡Oh mujer—le dijo—grande es tu fé! Sucédate como deseas."⁶

1 Mat. VII, 6.
2 Mat. XV, 26.
3 Aug. serm. LXXVII, de Verb. Evang. Mat. XV.
4 Ventura, mujeres del Evangelio, pág. 25 y sig.
5 Chrisost. hom. LIII, in Mat.
6 Mat. XV, 28.

1. S. Mat. XIV. 4.
2. Ps. XXI. 28.
3. 1 Reg. XVII. 43.
4. 2 Reg. XVI. 9.
5. Ezech. XIII. 22.

¿Qué sería de mí, ¡oh Dios mio! si no tuviera á mis ojos el ejemplo y enseñanza de la Cananea? Pecador como soy, tengo el atrevimiento de acercarme á la mesa donde se sirve el pan de los Angeles, donde se sirve el pan de los hijos que no ha de echarse á los perros. "¡Panis Angelorum, vere panis filiorum, non mittendus canibus....!"¹ ¡Señor! ni soy Angel, ni tampoco merezco el ser llamado hijo vuestro; pero tengo la misma fé y el arrojo de la Cananea; como ella, me arrastraré á vuestros piés, y como ella me contentaré con ser un pobre cachorrillo que no vive mas que de las migajas que caen de la mesa de su Señor.

Una sola de esas divinas migajas mitigará el hambre que me devora; una sola me hará fuerte; una sola purificará mi alma y transformará todo mi sér.

¡Oh prodigio! ¡El Perro se alimenta del pan de los hijos, y su vil naturaleza se hace participante de la naturaleza divina!

Desde el principio del mundo, y cuando el Pastor divino había colocado los primeros nacidos de su rebaño en los ricos pastos del Paraíso terrenal.

Desde el principio del mundo, y cuando el Pastor divino había colocado los primeros nacidos de su rebaño en los ricos pastos del Paraíso terrenal.

Desde el principio del mundo, y cuando el Pastor divino había colocado los primeros nacidos de su rebaño en los ricos pastos del Paraíso terrenal.

Desde el principio del mundo, y cuando el Pastor divino había colocado los primeros nacidos de su rebaño en los ricos pastos del Paraíso terrenal.

Desde el principio del mundo, y cuando el Pastor divino había colocado los primeros nacidos de su rebaño en los ricos pastos del Paraíso terrenal.

Desde el principio del mundo, y cuando el Pastor divino había colocado los primeros nacidos de su rebaño en los ricos pastos del Paraíso terrenal.

1 Septent. in fest. Corporis Christi.